

CONCEPTO Y SER

En busca del reencuentro del concepto con el ser

I

1.- El Nominalismo medioeval *diluyó el concepto como aprehensión vital del ser y redujo todo el conocimiento a experiencia sensitiva de lo concreto. El concepto era substituido por un simple nombre, que agrupaba bajo su evocación las múltiples experiencias de la realidad individual.*

En la Edad Moderna, el Racionalismo de Descartes reivindica el valor del concepto: a todo concepto o "idea clara y distinta" corresponde una realidad y una realidad tal cual es representada por aquél. Pero el concepto no es ya una aprehensión o asimilación intencional del objeto trascendente, sino una simple representación del mismo. Sabemos que a ella corresponde perfectamente una realidad sólo en virtud de la Veracidad divina, la cual, al infundirnos tales ideas, nos asegura de su conformidad con los seres que representan.

Otro tanto acaece con la Monadología de Leibniz: cada mónada o elemento indivisible de la realidad tiene su vida inmanente y sólo conoce representando los demás seres.

Tal Subjetivismo representativo se acentúa aún más en el Empirismo inglés del siglo XVII y XVIII, que llega a confundir el "ser real con el ser percibido" -esse est percipi- de Berkeley y culmina con el Fenomenismo agnóstico y escéptico de Hume.

El Conceptualismo logra todo su desarrollo subjetivista en Kant: el concepto está reducido a una pura forma de la inteligencia, vacía enteramente de ser, que actúa no para conocer o aprehender el ser real, sino sólo para organizar y conferir así categoría de objeto universal y necesario a los fenómenos individuales y contingentes de la sensibilidad. Tal concepto, como pura forma, no sobrepasa la subjetividad de los fenómenos, y la realidad en sí permanece inalcanzada, más allá de todo conocimiento válido.

El Idealismo trascendental postkantiano da un paso más hacia el subjetivismo total: reduce toda la realidad a puro concepto, sólo es el concepto o idea, de tal modo que ser y pensar son idénticos.

En síntesis, desde fines de la Edad Media el Nominalismo, primero, y luego durante toda la Edad Moderna el Racionalismo y el Empirismo, por diversos caminos, perdieron el acceso al ser y se enclaustraron en el concepto como pura representación -Conceptualismo racionalista- o en el esquema sensible -Fenomenismo empirista- pero, en ambos casos, redujeron el conocimiento a pura imagen desvinculada del ser -Agnosticismo- para irse hundiendo progresivamente en el Subjetivismo, por una lógica interna, que dimana, en definitiva, de una noción deformada del concepto y, en general, del conocimiento.

2.- *Contra tal Conceptualismo, que se ha dejado arrebatarse el ser, hasta el de la propia realidad individual, reacciona con fuerza el Vitalismo irracionalista contemporáneo en sus diversas direcciones. Sí el concepto no aprehende el ser trascendente, su misión será para manejar o utilizar la realidad, al menos en su forma fenoménica, pero nunca para conocer. La misión del concepto no es cognoscitiva sino puramente pragmática o utilitaria. Tal la afirmación de Bergson y, tras él, de Ortega y de todos los existencialistas actuales; afirmación fundada en el conceptualismo científico de nuestro tiempo, según el cual la ciencia echa mano de los conceptos no para penetrar en el ser, sino sólo para dominar y manejar los fenómenos. Si el concepto no aprehende el ser, habrá que intentar llegar a éste por otro camino. Bergson cree haberlo encontrado en la intuición, una suerte de simpatía o coincidencia con la realidad misma. Pero lo que nos interesa aquí ahora es la oposición justificada de Bergson a un conceptualismo vacío de ser.*

El Psicovitalismo o Perspectivismo de Ortega niega valor al concepto, a menos que esté enraizado en la vida, es decir, que constituya la imagen que la vida se crea para su expresión. En el mejor de los casos tal expresión conceptual de la vida tiene una función más utilitaria que contemplativa o aprehensiva del ser. La vida, al sentir de Ortega, se crea la inteligencia como un instrumento para defender e incrementar la vida misma: el conocimiento queda subordinado y en función total de la vida, tiene una función pragmática y no de-veladora del ser.

No muy distante de éstas es la posición anticonceptualista de M. Blondel, cuando ataca el concepto como desvinculado de la realidad, ya que sin la insuflación de la acción, el puro concepto estereotipo y saca a la realidad de su auténtico y único sentido.

En esta misma dirección anticonceptualista se orienta el existencialismo, cuando ataca el concepto como desvinculado de la realidad, ya que, sin la en ellas. El concepto es una imagen, que sustituye la realidad, que es siempre subjetiva y única e inefable, por un objeto o realidad puesta delante de nosotros. Para aprehender esta realidad subjetiva el concepto no sirve, es menester echar mano de una suerte de coincidencia o intuición irracional con ella. Por esa misma razón el Irracionalismo vitalista y existencialista afirma que el realismo y el idealismo son posiciones falsas que se originan de un planteo conceptualista o intelectualista, deformante de la realidad. En la intuición irracionalista queda superada la dualidad sujeto-objeto. Tal es la concepción del ser de la existencia humana de Heidegger, cuando la describe como un "estar-en-el-mundo", en que el mundo no es algo trascendente o distinto del ser de la existencia; y también la de Sartre, cuando afirma que el ser se agota en su aparecer, de tal modo que el aparecer o fenómeno pierde su sentido de apariencia de un ser que queda oculto: el ser está todo en ese aparecer.

Esta afirmación anticonceptualista se encuentra fuertemente afirmada ya en Kierkegaard y luego, con mayor o menor intensidad, en los existencialistas actuales y, más que en nadie, en Jaspers, para quien la actividad conceptual o intelectual es la “esclerosis” de la realidad, que paraliza y estereotipa la existencia, que es pura y continua libertad o auto-elección de sí. De ese mismo anticonceptualismo brota su afirmación de que “el Dios vivo es aprehendido cuando muere el Dios de la teodicea”, es decir, que para alcanzar la realidad divina es menester prescindir de todo razonamiento conceptual.

3.- *Al Irracionalismo, bajo sus diversas formas vitalistas y existencialistas, le asiste cierta razón cuando ataca una Filosofía en que el concepto ha sido reducido a una imagen o expresión extrínseca de una realidad, que en verdad no aprehende sino simplemente representa. Porque de ser ésta la realidad del concepto, no podría él trascender el valor de un puro instrumento para manejar la realidad - tal como lo proclama cierto tipo de ciencia actual, a la que le asiste fundamento, con tal que quiera mantenerse en un plano estrictamente científico y no filosófico- sin pretensiones de develar el ser íntimo de esta realidad; y tal acceso al ser de las cosas o bien sería impracticable o estaría reservado a otros caminos irracionalistas de diferentes formas. Porque con una pura imagen intelectual de la realidad trascendente nunca podríamos saber si ella representa con verdad a ésta tal cual es, e incluso ni siquiera podríamos saber si verdaderamente tal realidad existe. El concepto-imagen plantea inexorablemente el problema “del puente”: ¿Cómo sabemos que a una imagen conceptual o puramente representativa responde una realidad tal cual es representada, más allá y fuera de esta representación, y una vez que tal problema se plantea, la solución realista es a priori imposible, ya que en el planteo mismo subrepticia y acríticamente se ha introducido la solución subjetivista, puesto que todos los intentos para llegar a la de-velación del ser estarían realizadas por otros tantos conceptos como puras imágenes, que jamás podrían saltar sobre sí mismas para salir de la pura representación y dejarían siempre más allá de su alcance la realidad trascendente.*

4.- *Y la verdad es que esta noción del concepto como pura representación del ser, lleva indefectiblemente al problema “del puente”, el cual, una vez planteado, no admite otra solución más que la subjetivista.*

Pero lo cierto es que el “problema del puente” es un falso problema, que se introduce gracias a una desnaturalización de la esencia del concepto, hecha previamente y sin crítica cuando se lo despoja del ser trascendente que él esencialmente encierra en su inmanencia. Claro está que si al concepto acríticamente lo deformamos reduciéndolo a una pura representación, por más que lo analicemos, no podremos saber jamás si se conforma o no con la realidad trascendente y ni siquiera podremos saber si esta realidad existe, ya que para conocer tal adecuación y existencia deberíamos aprehender simultáneamente nuestro concepto y el ser trascendente, cosa imposible en un concepto enclaustrado en una inmanencia puramente representativa de la realidad.

Por la misma razón tampoco el planteo cartesiano del problema crítico con la duda universal metódica admite otra solución que la subjetivista, porque con tal duda universal, aun puramente metódica, se ha invalidado de antemano y sin crítica el valor del único instrumento capaz de dar solución al problema, y que no es otro que la inteligencia. Pero aun admitida la solución positiva del Cógito cartesiano, no podríamos saber que a nuestras “ideas claras y distintas” responde una realidad y una realidad tal cual éstas la representan, ya que tales ideas o conceptos sólo son imágenes de las cosas. Únicamente estamos seguros de su conformidad con la realidad, según Descartes, por la Veracidad divina que nos infunde tales ideas. Pero inmediatamente salta la duda: si sólo conocemos con ideas-imágenes, ¿cómo sabemos y quién nos asegura que a nuestra idea de Dios responde una realidad divina? No podría ser la Veracidad divina, sin un evidente círculo vicioso.

De la misma manera Kant ha introducido sin crítica la solución agnóstica o anti-metafísica de su sistema, en el planteo mismo del problema, hecho ya en la Introducción de la Crítica de la Razón Pura. En efecto, Kant toma como objeto de su análisis trascendental un conocimiento y un objeto puramente fenoménico o desarticulado del ser, es decir, que previamente y sin crítica ha despojado al concepto del ser trascendente. Y es claro que su análisis, por riguroso que sea, no podrá encontrar ya en el concepto, un ser del que se lo ha despojado, y todas las exigencias del ser trascendente en el concepto habrán de ser suplantadas por exigencias de la inmanencia subjetiva o de la conciencia trascendental, como otras tantas formas a priori, que organizan los fenómenos y los elevan a la categoría de objetos.

Toda la Filosofía Moderna conduce necesariamente al Subjetivismo -ya idealista, del racionalismo, ya fenomenista, del empirismo- porque ha comenzado por desnaturalizar el concepto y, en general, el conocimiento, reduciéndolo a una imagen subjetiva. Ningún análisis crítico posterior podrá encontrar ya en su seno el ser, del que de un modo arbitrario y sin crítica previa se lo ha despojado en la adopción de una noción falseada del mismo. Y en última instancia, tal deformación del concepto obedece a una materialización del mismo, ya que sólo por la riqueza del acto espiritual el concepto puede dar existencia en el seno de su propia inmanencia a un ser trascendente a sí mismo.

II

5.- Frente a tales consecuencias subjetivistas, que diluyen el ser del mundo y el ser personal de cada uno en un puro Fenomenismo, ya idealista, ya empirista, y frente a los ataques del Irracionalismo vitalista y existencialista, que, en defensa del propio ser, ataca con razón tal conceptualismo vacío, se impone la revisión de la verdadera realidad del concepto como aprehensión intencional o inmaterial del ser, la restauración del conocimiento intelectual como acto en cuya inmanencia subjetiva es alcanzado y está presente de un modo inmaterial o intencional el ser trascendente como distinto del propio

acto, como ob-jectum dentro de cuyo seno es, por eso, posible alcanzar la conformidad consciente del sujeto con el objeto, del acto cognoscitivo con la realidad.

7

Para ello se impone un análisis directo del concepto tal cual es, un concepto que aprehende el ser trascendente con abstracción de sus notas individuales; y un análisis del juicio, que compara el ser aprehendido en el concepto -predicado- con el ser trascendente concreto de donde fue aquél sacado -sujeto- presente a través de la intuición de los sentidos; y de este modo la inteligencia llega a ver y afirmar la conformidad o disconformidad de aquél con éste. Pero para que este análisis resulte, debe realizarse sin mutilaciones ni deformaciones previas, las cuales, so pretexto de rigor crítico, se llevan a cabo sin crítica antes del planteo mismo del valor del conocimiento y conducen, como es lógico, a planteos deformantes del concepto y del conocimiento y a consiguientes soluciones gnoseológicas falsas, precisamente porque el concepto, el juicio y, en general, el conocimiento de que parte el análisis, no son el concepto y, en general, el conocimiento verdadero. Como realidad espiritual, el concepto y, en general, el conocimiento intelectual es una realidad única, que no debe reducirse a objetos análogos materiales, como la imagen. Desde luego que el conocimiento intelectual implica una imagen o verbo mental, por el cual el ser trascendente se hace presente en el acto de conocer; pero tal imagen no es sino un medio del conocimiento, el cual consiste en la aprehensión intencional o inmaterial del objeto trascendente.

Tal es la realidad auténtica de nuestro conocimiento conceptual y judicativo. Así se presenta desde un comienzo ante nuestra conciencia: no comenzamos por conocer la imagen mental o conceptual que elaboramos con nuestro intelecto para conocer las cosas; sino al revés, comenzamos aprehendiendo, conociendo el ser de las cosas y nuestro propio ser, y sólo después, por reflexión y raciocinio, conocemos los actos y medios -imágenes o especies- de que el entendimiento echa mano y elabora para llegar a conocer o aprehender el ser de las cosas y el ser del sujeto.

Esta solución fue dada con todo rigor filosófico hace varios siglos por Santo Tomás y por sus discípulos, especialmente por Juan de Santo Tomás. Nadie con mayor objetividad y rigor que Santo Tomás ha instaurado el análisis de esa difícil y única realidad que es el concepto y el conocimiento humano, en su rica complejidad, y nadie tampoco como él ha dado razón con mayor meticulosidad, de sus múltiples aspectos y de su unidad, que obedece y refleja la unidad del ser mismo del hombre en su rica complejidad de espíritu y materia, de inteligente y de animal.

8

Frente a las múltiples deformaciones del concepto y del conocimiento, que ha introducido la Filosofía Moderna, y frente a las reacciones irracionistas de la Filosofía Contemporánea, que se encauza por tales caminos por desconocer la verdadera noción del concepto, la mejor contribución que pode-

mos hacen en favor de la gnoseología, es instaurar el análisis crítico del concepto y del conocimiento, en su auténtica realidad, tal como lo hiciera en un principio Santo Tomás y actualmente lo han revitalizado en toda su fuerza y valor Gilson, Maritain, entre otros muchos ilustres tomistas contemporáneos; de esa realidad inmaterial del conocimiento humano, que, en la exacta y feliz expresión de Juan de Santo Tomás, no es otra cosa que “hacerse o devenir otro en cuanto otro, “fieri aliud in quantum aliud”.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI
Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires